

AMOR A JESÚS EN LENGUAJE FEMENINO

ESPIRITUALIDAD BÍBLICA DEL ALBA

"¿Quién es ésta que se asoma como el alba, hermosa como la luna, refulgente como el sol...?"
(Ct 6,10).

Hna. Ángela Cabrera*

Resumen:

El presente artículo retoma la imagen del alba, en sentido teológico y espiritual, destacando los

* Recibió su formación integral con las hermanas Misioneras Dominicanas del Rosario. Licenciada en Ciencias Religiosas. En Brasil realizó la Maestría y el Doctorado en Biblia. Trabajó en la Universidad Católica Santo Domingo como Decana de la Facultad de Ciencias Religiosas por 8 años y cursó la Maestría en Gestión Pastoral. Perteneció a los equipos bíblicos de la CLAR y del CEBITEPAL. Es integrante del Instituto Nacional de Pastoral de la Conferencia del Episcopado Dominicano, sirviendo mediante publicaciones de utilidad académica y pastoral. Como docente se desempeña en las asignaturas de Sagradas Escrituras para el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino, el Centro de Teología Santo Domingo de Guzmán y la Universidad Católica Santo Domingo. En los últimos 15 años se ha dedicado, como misión prioritaria, a la predicación de ejercicios espirituales. Actualmente forma parte de la comunidad Discípulas Misioneras por la Santidad, de perfil contemplativo, en la Arquidiócesis de Santiago, República Dominicana.

rostros femeninos del Evangelio. La comunidad de mujeres, en el seguimiento de Jesús, recuerdan a quienes dejaron que Dios entrara en su vida, de manera tenue y discreta, como esos primeros rayos de luz, los cuales regalan colorido y brillo a la existencia. Dividimos la presente propuesta en tres apartados: *Silencio*, *Encuentro*, y *Mensaje*, para resaltar nuestro objeto de reflexión: *las mujeres del alba*.

Palabras clave: Silencio, Encuentro, Mensaje, las mujeres del alba.

Breve introducción

Como concepto latino, *albus* "alba" se vincula al proceso o periodo que transcurre desde que la noche empieza a menguar hasta la salida del sol¹. A veces funciona como sinónimo de "madrugada", "alborada", "amanecer", etc. El concepto hebreo para hablar del "alba" es *zarah*, en el sentido de "levantarse", "resplandecer", "manifestarse", "renacer"². En este aspecto, "alba" y "luz" son términos relacionados entre sí y, conjuntamente, son inseparables del "sol" que, aunque grandioso, no tiene, como criatura, autonomía por sí mismo, sino que depende de su Creador (Cf. Jb 9,7). Sutil y poderoso entre las fuerzas elementales, el sol es primicia de todos los seres

¹ Real Academia Española, *Diccionario de lengua española*: <https://dle.rae.es/>. Consultado el 5/5/22.

² Harris, *Diccionario internacional de teología do Antigo Testamento*, 408.

creados (Cf. Gn 1,3); sin embargo, solo comienza a iluminar, a realizar su actividad y sus consecuentes efectos cuando, como "luz del alba", se asoma, y la noche empieza a marcharse sin ruidos (Cf. Ecl 43,2; 2Sam 23,4).

El silencio del alba

Entendemos "el silencio del alba", como la etapa previa que vive la persona antes de su encuentro con Jesús. En el caso que nos compete, en esas historias personales de mujeres cuyos sentidos estaban nublados, o con horizonte confuso o mirada empañada, casi sin vida, sin ilusión, y sin sonrisa. Haremos un recorrido, por los evangelistas, realizando el momento en el que ellas descubren esperanzadas a Aquel a quien se define como el "*Lucero radiante del alba*" (Ap 22,16).

Iniciamos recordando a aquella mujer que padecía de hemorragias (Mt 9,20), y que puede ser para nosotras, también hoy, un paradigma de fe. No se quedó llorando sus penas ni su amargura; no optó por contemplar la manera en cómo la vida se le escapaba en forma de flujos. En vez de lamentarse por su poca sangre, aprovechó la que aún tenía para ir tras de Quien pudiera ser su Vida. Con actitud valiente tomó una decisión. Dejémosnos interpelar por su pensamiento en nuestras conciencias y en nuestros corazones; ella reflexionó para sí: —"*Con sólo tocar su manto, me salvaré*"— (Cf. v.21).

Paralelamente al relato de la hemorroísa, se registra el caso de esa chica joven... en cama, dada por muerta, sin esperanza (Cf. Mt 9,24). Nos ilumina la teología bíblica al considerar que, así como el sol aparece sin ningún protagonismo por parte humana, trayendo la luz y dispersando la oscuridad, así actúa el Señor según su misericordia³. En esta muchacha, postrada, se reflejan mujeres de todos los tiempos; en todas se actualiza la profecía mesiánica: "*¡Levántate, brilla, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!*" (Is 60,1). Queda evidente que *el resplandor divino libera y sana*, en este caso a cada mujer y en su realidad, ya sea "dejándose alcanzar" o "saliendo al alcance de", con sus rayos de misericordia.

En un tercer icono, aparece la mujer cananea, en las fronteras de Tiro y Sidón (Cf. Mt 15,23); es capaz de identificar el altar donde vale el esfuerzo postrarse: a "los pies de Jesús"; desde allí suplica por la salud de su hija. No la paralizan los miedos ni los prejuicios. No le importa el lugar que le asignen, ya sea en la mesa o en el suelo, lo único que le interesa es "aprovechar las migajas" de salvación (v.27). Ante tanta humildad amanece su día en el Señor (v.28). Con razón ora el poeta: "*... Concédenos la gracia de conocer el mal que nos amenaza, las divisiones que nos anidan dentro del corazón, de poder captar por la mañana, el alba,*

³Ibíd. 408.

*tu presencia, incluso en los signos sencillos con los que ordinariamente te manifiestas*⁴.

El silencio del alba fue experimentado también por otras mujeres como: Isabel, de edad avanzada, sin esperanza de gestación (Cf. Lc 1,31); la suegra de Pedro, dominada por la fiebre (Cf. Lc 5,39); la viuda insistente ante un juez injusto (Cf. Lc 21,3-4); aquella otra que echó en el cofre del templo todo lo que tenía para vivir (Cf. Mc 12,42); y la que, detrás de su hijo muerto, lloraba amargamente (Cf. Lc 7,11-17). Dicho silencio, así mismo, lo padeció quien fue arrastrada hasta los pies de Jesús, siendo acusada de adulterio (Jn 8,10)... y aquella que vivió el infierno estando poseída por *siete demonios*... (Cf. Lc 8,2). Si damos seguimiento al resurgir de cada una de ellas, notaremos que, aunque desde el alba existencial nos amenace y sorprenda el caos de la vida, este, por el encuentro con Jesús, no tiene ya la última palabra⁵.

Encuentro en el alba

La espiritualidad del alba puede ser comprendida como "un proceso", "un transcurso" esperanzador donde la persona pasa de "una iluminación tenue" hacia "la luz plena". Por tal motivo, en este

momento, hacemos distinción entre la etapa "del silencio", y la "del encuentro"; un encuentro, ahora, hecho luz radiante. Si antes se veían las cosas parcialmente, ahora se contemplan con claridad. Estamos ante el punto más elevado, en cuanto a nuestra peregrinación en la fe; ha de entenderse en la línea teológica del Salmo 35,10: "*En ti está la fuente de vida, y en tu luz vemos la luz*". Tratamos, en otras palabras, del encuentro histórico y personal entre Jesús y las mujeres: si ellas, como centinelas, custodiaron el amanecer de Dios en sus vidas (Cf. Is 60,2-3); ahora festejan la visita del Sol que ha salido a su encuentro, llegando desde lo alto, iluminándolas, conduciéndolas por el camino de paz (Cf. Lc 1,78-79).

En Mt 17,5 la "nube luminosa" se refiere a Dios, que se sirve de ella para transfigurar a su Hijo. El resplandor corresponde a la aparición de Dios y la plenitud de la luz que cubre al transfigurado: "*Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestidos se volvieron resplandecientes como la luz*" (v.2). Esto es lo que sucede a la persona que se encuentra con Jesús auténticamente: se transfigura. De ahí que, en la iconografía cristiana, María, y la misma Iglesia, son representadas en forma de luna, que reciben la luz del sol. Al ser Dios, identificado como Luz (Cf. 1 Jn 1,5) y siendo Jesús la "Luz en el mundo" (Cf. Jn 8,12), María, mujer y Madre, es la primera en vivir el proceso "del alba a la salida del sol".

⁴ Martini, *Al alba te buscaré*, 56.

⁵ Candido, *Diccionario de espiritualidad*, 289.

La prontitud, al ritmo del Sol que le habita y le calienta, es el modo del caminar mariano (Cf. Lc 1,39): hay disposición, voluntad, ánimo, pasión. Se dirá de Ella que, *no sólo corre, sino que vuela, en auxilio de quienes la necesitan*⁶. Al encuentro con Isabel, convergen y se armonizan las relaciones en las fronteras generacionales. El Anuncio se transforma en puente: no se dejan sentir las diferencias, sino que las integran y unifican. Dos mujeres atraídas por la misericordia de Dios: una, "llevándola" y, la otra, "descubriéndola" se transforman para nosotras y nosotros en maestras del renacer. El canto alegre es lo que se espera de toda mujer que sabe caminar en esperanza (Cf. Lc 1,46-56).

La salida del sol comienza, en las vidas de las mujeres, cuando escuchan del mismo Jesús las siguientes palabras: "Hija, tu fe te ha salvado"(Mc 5,34); "Vete en paz y queda curada de tu enfermedad" (Mc 5,34); "Muchacha, a ti te digo, levántate" (Mc 5,41); "No llores" (Lc 7,13); "Mujer, grande es tu fe, que te suceda como deseas" (Mt 15,28); "Ella también es hija de Abraham" (Lc 13,16); "No se asusten" (Mc 16,6); "Yo soy, el que está hablando contigo" (Jn 4,26); "Levántate" (Lc 8,54)... Gracias al encuentro con Jesús, "cada día es un alba"; cada día es un amanecer, y todo puede volver a empezar; como discreto y luminoso asombro, del niño, de la

niña, que cada mañana renace a la esperanza"⁷.

Contemplaron el Sol esas mujeres prudentes que junto con sus lámparas llenaron de aceite las alcuizas (Cf. Mt 25,5), pudiendo levantarse a la hora imprevista, porque estaban preparadas para el banquete de bodas (v.10); ¡qué bien nos lo recuerdan las solemnes notas del himno litúrgico!:

*¿Qué ves en la noche,
dinos centinela?
Dios como un almendro
con la flor despierta;
Dios que nunca duerme
busca quien no duerma,
y entre las diez vírgenes
sólo hay cinco en vela...*

Fue iluminada aquella que entró en la casa donde estaba Jesús, sin ser invitada, quebrantando el protocolo, tan solo movida por el amor. Amaneció porque supo amar, y un reflejo de su amor fue echarse, con todo y con el mejor de sus perfumes, a sus pies, donde conjugaba los besos y la unción (Cf. Lc 7,37). El sol entró en casa de Marta y María y lo disfrutó como nadie. Allí, echada en las "orillas de Jesús", en la playa de su sabiduría y de su misericordia, aprendió como nunca antes los misterios de su propia historia de salvación (Cf. Lc 10,38-42).

⁶ San Bernardo, *Las glorias de María*, 49.

⁷ Évely, *Cada día es un alba*, 11.

En el Evangelio de Juan 4,6, se nos dice que era más o menos la "hora sexta" cuando Jesús, cansado de andar, se encuentra con la Samaritana. Amanece en la vida de esta mujer cuando reconoce en Él, el agua que necesitaba beber. Recibe luz, en la noche de su fe, luego de haberse dejado interpelear y de haber reconocido tantas andanzas inútiles tras pozos secos que no le apagaban su sed. El intenso diálogo fue despojando gradualmente las nubes que le cubrían y ocultaban la verdad; quedando evidente en los apelativos con los que se refiere a Jesús a lo largo de la conversación, de menor a mayor dignidad: "tú" (v.9), "Señor" (v.11); "profeta" (v.19), "Mesías" (v.25), "Cristo" (v.29). Interesa destacar, que la hora "sexta" y la hora de "adorar" están relacionadas. Nuestro sol comienza a nacer cuando nos disponemos a mantener en nuestra vida y misión una actitud de mujeres adoradoras, en espíritu y en verdad.

Mensajeras de luz

Conforme a la escuela isaiana: "Quien camina en la luz se convierte en luz para los demás" (Cf. Is 60,3). Lo que es el sol, cuya actividad vivifica a toda la creación (plantas, animales, seres humanos...) y hace florecer los colores, y con él nada puede permanecer oculto a su luz ni lejano a su calor, así es la mujer testigo de Cristo Resucitado: despojada de su noche, revestida de las armaduras

de la luz, se torna discípula misionera, "libre de temor... para servir en santidad y justicia por siempre" (Cf. Rom 13,12; Lc 1,88-79).

Todo comienza en la madrugada del primer día, cuando María Magdalena y la otra María fueron al sepulcro (Cf. Mt 28,1). Bien nos recuerda la circunstancia del Cantar de los Cantares: primeramente cuando la Amada se dispuso a "levantarse y a recorrer la ciudad, calles y plazas para buscar al amor de su alma" (Cf. Ct 3,2); y sin saber lo que le esperaba, le sorprende la voz del Amado diciendo: "¿Quién es ésta que se asoma como el alba, hermosa como la luna, refulgente como el sol...?" (Cf. Ct 6,10).

Jesús resucitado no se deja ganar en generosidad: "Les salió al encuentro"; ellas se postraron a sus pies y le adoraron (Cf. Mt 28,9). Queda claro que, si la luz les alcanza es porque Jesús amaneció primero en las orillas de sus vidas, en el alba de su existencia (Cf. Jn 21,4). Sería oportuno pedir a Santa María Magdalena, que nos dé, por lo menos, un tercio de su pasión por Cristo y que, con la gracia del Espíritu Santo, esta siga creciendo sin medidas.

Como mensajeras de luz, se nos invita a introducir la levadura de nuestros dones y de nuestra experiencia con Cristo en las medidas de harinas que nos han sido confiadas, para que todo a nuestro caminar fermenta, haciendo un pan

gigante con sabor a Reino, donde todos y todas podamos comer al alborear de nuestras vidas (Cf. Mt 13,33).

A manera de síntesis, imitemos y configurémonos con Jesús, quien frecuentemente recibía el alba en la soledad y el silencio de las cimas de las montañas, para gustar la Luz y el Amor de su Padre. Aspiremos a favorecer espacios inmunes y protegidos de todo bullicio y confusión, donde sea posible aprestar el oído y percibir algo de esa fiesta

eterna, Luz para siempre, y de esa voz del Espíritu⁸ que nos susurra: *"Vayan y Anuncien", como mensajeras de la Luz, haciendo siempre "lo que Él les diga"* (Cf. Mt 28,7; Jn 2,5): *"Porque sólo los hombres y las mujeres tocados por Dios (radiantes de la Luz del Espíritu) sabrán abrir las mentes y los corazones de sus contemporáneos a los misterios de Dios"* (Benedicto XVI). En esto consiste el amor verdadero a Jesús, en lenguaje femenino. Esta es la genuina espiritualidad bíblica del alba.

⁸ Martini, *Al alba te buscaré*, 10.